

Patria y Poesía

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA

Director: Fernando Salvador Estrella

Año I.—Núm. 7.—Sábado 1.º de Abril de 1916.
Suscripción, una peseta al mes.

Redacción y Administración:
Reyes Católicos, número 1.

Pláticas de familia

El Diputado por esta circunscripción D. Luis Silvela ha conseguido del Ministerio de Instrucción pública, una Biblioteca popular y una colección escogida de libros para la Academia de Dicción, Declamación y Cultura literaria de esta capital.

Inútil es decir el entusiasmo con que la juventud estudiosa que frecuenta aquel Centro de cultura ha acogido el hermoso rasgo del Sr. Silvela y el alto concepto que le ha merecido el ilustre protector, que tantas pruebas viene dando de su amor por Almería.

Dicha Biblioteca, lejos de pasar a ser propiedad exclusiva de la Entidad Academia, como ocurre generalmente con esta clase de donativos, quedará a disposición del público tan pronto quede instalada en lugar conveniente, tanto por honor del señor Silvela como en beneficio de la cultura Almeriense.

En nombre de la citada Academia damos al digno representante de esta ciudad la más cumplida enhorabuena.

* * *

No sabemos quien ha dicho por ahí, «que nunca agradecerá Almería lo bastante al señor Silvela el haber unido a su candidatura el nombre del señor D. Miguel Salvador, hijo del actual Ministro de Fomento, D. Amós».

Nosotros que no reconocemos límites ni fronteras en esto de la Política ni del Arte, pues creemos firmemente que lo bueno como lo bello, se da en todas partes de nuestra querida España, aplaudimos al autor de las célebres frases y no dudamos que habrán de quedar gravadas en el corazón de todo buen Almeriense, tan pronto puedan traducirse en hechos prácticos los deseos del señor Silvela y las buenas intenciones de su compañero de candidatura.

Tenemos los mejores antecedentes de la ilustre personalidad del señor Salvador, y es claro que todos sus juveniles arrestos quedarán a disposición de este pueblo cuando definitivamente le otorgue su confianza.

Poco ha de vivir quien no vea cumplida esta profecía que ni sombra de augurio tiene, sino claridades de meridiana luz vista en cuantas pro-

vincias han elegido diputados a sus nobles aspiraciones y claro talento, junten la influencia y el poderlo del Gobierno.

* * *

Hemos dicho que nosotros no reconocemos límites ni fronteras en Política ni en Arte, lo que quiere decir que eso de cuneros y de la acomodaticia frase de Almería para los almerienses nos parece un puro mito, que sólo sirve de escudo para todas las concuscipencias y para todas las mal avenidas venganzas, parapeto de errores y máscara hipócrita de su falso patriotismo.

¡Que sarcasmo! ¡Almería para los Almerienses! ¡Claro! Para algunos, no Almería, sino Granada, Toledo y Bilbao serían poca cosa. Diganlo los cazadores de fortunas, los acaparadores de terrenos comunales y los usureros del 42 que tanto abundan.

Anda por esas calles de Dios un actor afamado de pura cepa almeriense, que por circunstancias especiales de la vida se encuentra falto de recursos e imposibilitado para marchar al lado de su familia.

Hombre poco aficionado a la esgrima del sable intenta realizar un pequeño débito por atrasos que el Ayuntamiento hacía a su padre, de gratísimo recuerdo para los que peinan canas, solucionando dignamente por este medio honroso, en anormal situación.

Pues bien; pone los pelos de punta oírle el relato del calvario que va recorriendo para conseguir una cosa tan justa. No hay político a quien no haya suplicado, autoridad a quien no haya visitado y amigo a quien no haya recurrido para conseguir su noble aspiración. ¡Todo inútil! Para este buen almeriense sin duda no reza la consabida frase.

¿Supondrás lector que tantas dificultades serán consecuencia de la importancia del débito? Pues no hay tal cosa. Se trata solo de la cantidad de... treinta duros!

Y ahora dirás conmigo lector amable. ¿Como es eso? ¿Pues no se han abonado por el mismo concepto cantidades de miles de pesetas a personajes que no lo necesitaban con tanta premura, ni con tanta justicia?

Pues ahí verás hombre, Almería para los Almerienses.

* * *

¡Y siempre ama...!

Que la mujer nació para amar es punto en el que han convenido todos los autores, desde el erótico Ovidio hasta el espiritual Severo Catalina. Y esto es ley inimitable. La comunión de dos almas, la identificación de dos seres, la exaltación purísima del amor es cosa sencillamente normal. Y la predisposición de la mujer para sentir el amor es más normal todavía. La mujer que no ama al novio, al esposo, al hermano, al hijo, es un tipo morboso. Pero entonces ama al canario o al gato. La mujer que no ama a nadie ni a nada, es un absurdo viviente; yo creo que no existe.

Observad su vida. Apenas se han iniciado en ella las primeras realidades de su carácter, ya adora a la muñeca y lloriquea rabiosa si intentan quitársela de los brazos; la mece, la besa y la acuesta consigo. Después juega a casar y vá amando las fernuras de un hogar que lejanamente ha de formarse, un hogar con muebles de verdad y con chiquillos de carne y hueso. ¡Ella la madre! ¡Oh, qué bonito debe ser esto...! ¡Oh que alegría cuando llegue el sereno con la cesta de flores—que viene de París nada menos—y vea entre nardos y claveles un hermoso nene tan simpático y tan coloradote.— Viene desnudo... ¡Jesús, que calor debe hacer en París...! Pero aquí siente frío ¡angelito! ¡si está morado...! Y corre al arca de la ropa, saca un pañuelo de finísima Holanda, enristra unas tijeras y en menos que se piensa, viste al muñeco de celuloide con camisa, enaguas y hasta salida de teatro... No importa el sexo al traje ¿porqué?

Y viene un día blanco, muy luciente. El sol brilla con más intensidad y los ruiseñores cantan con mayor gozo. Aquel día, la niña, no se atreve a corretear con sus amigas ni a moverse apenas; lleva en su pecho un sagrario y dentro al mismo Jesucristo que por primera vez en su vida ha llegado a visitarla... ¡Callad que no se despierte...!

Los jazmines del huerto exhalan este año más deliciosos sus perfumes; los rosales se han cuajado de rosas y las yedras han escalado hasta lo más alto del muro. Porque hubo una mano cariñosa de mujer que cortó tallos inútiles, clavó cañas de sostén y prodigó el agua bienhechora de una regadera.

Otro día la niña ha ascendido oficialmente a mujer alargando una cuarta sus vestidos. ¡Que mala sombra engruesar tanto y tener que ir tan rara! ¡Díge, con lo que se fijan los muchachos

en las medias... Y es que deben ser tan bonitas...!

La madre discreta vá salvando los obstáculos de la transición y al fin, cae insensiblemente el castillo de las ingenuidades. Hay advertencias sobre ciertas miradas en el paseo y en misa a cierto jóven y lo peor del caso es que la niña vá perdiendo el color y sombreando unas ojeras extrañas que casi la hacen más interesante. Muchas noches se desvela y piensa que sería muy bello pasar las horas muertas en la reja y sin más festigo que un rayo de luna, hablando con aquel joven tan guapo y tan fino; con aquel joven que sabe decirle cosas tan lindas... Así hablan muchas señoritas que ella conoce. Y luego, quererse mucho y pensar todo el día el uno en el otro y decirse adios con el abanico y con el pañuelo cuando él se alejara y escribiese unas cartas muy vehementes y mandase dentro rosas marchitas... Y decir ¡es mio! Y... ¡casarse! Sí, sí, casarse. No es nada malo. ¿Pues no se había casado su mamá...?

La mujer está hecha y ante ella acaba de abrirse el libro desconocido de su vida. Páginas sublimes si en su querer pone todo el ardor de su sangre mora, ¡qué no hará una mujer por el objeto de sus amores!

Páginas santas si llega a ser madre: heroísmos, sacrificios, dichas, felicidades, pureza. La mujer lo es todo. Nuestro ángel benéfico, nuestra esperanza, nuestro estímulo, nuestro cerebro muchas veces...

Y aunque nuestras infamias llenen de lágrimas sus ojos y nuestros crueles desengaños platen de canas su noble cabeza y surquen de arrugas su divina frente, siempre tiene en los labios un perdón para nuestra culpa como punto y aparte para seguir amando...

La mujer es la obra más admirable del Creador; es el poema más sublime que han tejido los cielos

¡Mujer, mujer...! ¡Bendita seas!

Enrique Noguera

ESTO QUEREMOS

Con mucho gusto publicamos en este número la lindísima poesía *La vuelta del Caudillo*, original del joven alumno de la Academia de Infantería de Toledo, D. Leopoldo Aguilar.

Mucho nos complace que en estas Academias vibre el alma Española, a cuyo engrandecimiento se dedica esta modesta publicación, cuyas columnas están abiertas de par en par a la juven-

tud entusiasta de la Patria y su Poesía, únicos ideales que pueden regenerarla.

Ya lo saben esos briosos soldados del porvenir. PATRIA Y POESÍA queda por completo a su disposición, pues jóvenes como ellos sentimos también el noble impulso creador de una Patria grande y poderosa.

PATRIA Y POESÍA desea, en suma, penetrar en el corazón de la gente moza, infundiéndole estos santos ideales que inmortalizaron nuestros héroes y santificaron nuestros mártires.

LA VUELTA DEL CAUDILLO

Se escuchan por doquiera
vibrando los clarines,
resuenan los redobles
del bélico tambor,
en una lluvia de oro
sacude el sol sus crines,
y el pueblo acude en masa
del Reino a los confines,
que vuelve el Rey al trono
Caudillo vencedor.

Voitean en la Iglesia los graves esquilonos
adornanse las calles con flores del pensil;
con salvas de alegría retumban los cañones
que apagan con su estruendo los legendarios sonos
del tosco campanil.

Dejado han sus hogares los viejos y los niños,
dejado ha sus labores la gente del lugar,
y ostentan las mujeres sus clásicos corpiños,
que hoy han de ser copiosos los goces y el yantar.

Allá en las altas torres
sobre las atalayas,
percíbense reflejos de cascos y de mallas,
se elevan hasta el cielo cantares de placer,
tendidos los rastrillos,
abiertas las murallas,
como cuando buscando combates y batallas
el Rey a ignotos campos salió para vencer.

Se escuchan por doquiera
vibrando los clarines,
resuenan los redobles
del bélico tambor,
en una lluvia de oro
sacude el sol sus crines,
y el pueblo acude en masa
del Reino a los confines,
que vuelve el Rey al trono
Caudillo vencedor.

Leopoldo Aguilar
Alumno de Infantería

Toledo-Marzo-1916.

Rebeldías

Vivimos los jóvenes en una continua lucha entre las rebeldías de nuestro espíritu y el sentido práctico de la vida, que se nos va imponiendo como una losa de plomo que lo arrastra todo en su caída.

Pasamos por Claustros, Tribunales y aulas dejando en cada uno de ellos alguna nota de nuestro color personal, a cambio de algo incoloro, frío y vulgar. En los palenques de exámenes y oposiciones, sufrimos y callamos. Si vencemos, lo mismo que si nos vencen.

¡Siempre callar, siempre sufrir y siempre marchando! ¿Quién va a gritar? ¿Los que vencen? ¿Los que triunfan? ¿Los que llegan?

Esos, no; esos crearon intereses, conquistaron amistades, contrajeron obligaciones y no pueden sustraerse a las mil complejidades que la vida encierra; están aprisionados y serían ingratos si pensasen romper las ligaduras que les unen a la sociedad.

Me direis que hay quienes solos llegan a todo; yo digo que es verdad, pero ¡son tan pocos...!

¿Quién va a gritar? ¿Los fracasados? ¿Los derrotados? ¿Los vencidos? Estos si gritan, hacen mal. No se les creará, no se les debe creer. ¿Quién asegura que lo que lanzan no es el polvo que mordieron al rodar por el suelo y que no es merecida su derrota? ¡Es tan simpático el silencio del vencido! Sienta tan bien la calma después de la derrota, que el gritar sería como despertar en el silencio y serena quietud de la noche, en que la naturaleza adormece todas nuestras amarguras y rebeldías.

Esto parece un mal y es un bien, pero como la mayoría de los bienes, es un bien amargo, la tristeza de la vida no debe saberse hasta el final.

Sin embargo, los pueblos como los hombres, no pueden vivir sin ilusiones, sin aspiraciones, sin ideales. Sería la vida muy árida y muy triste.

Por eso los que empezamos a luchar, no debemos saber la tristeza del fracaso ni la amargura de la derrota; debemos soñar, tener fe; una fe grande en el triunfo del bien y de la verdad, si no la tuvieramos, no lucharíamos y no amaríamos, y por ley natural, los que somos jóvenes debemos amar y luchar; amar que es conservar, que es renovar; es decir, vivir.

Por eso conviene que estas rebeldías queden ocultas, que no se sepan y sigamos soñando el mayor tiempo posible y ¡cuán felices seríamos si la muerte, esa amiga de los que sufren, nos sorprendiese antes de despertar!

G. T. G.

(De la Academia de Cultura Literaria)

CUENTO DE LA SEMANA

El Cráneo de Estudio

TENGO sobre mi mesa de trabajo una calavera, un cráneo amarillento por la acción demoledora de ese anciano de barbas blancas que consume nuestra vida, del tiempo, monstruo asesino.

Esa calavera, ese cráneo que utilizo para el estudio de la Anatomía, es mi mejor amigo, grande cariño le profeso y por ninguna causa me desprendería de él.

Muchas veces le contemplo en silencio y pienso en la musa favorita de mis primeros versos, en la amada muerta en una tarde gris y otoñal, que así como ese cráneo se habrá trocado su rubia cabecita.

En cuanto a su origen es hasta cierto punto un misterio. Me cuentan que lo hallaron en las excavaciones de un derruido convento almeriense.

Dedicado el cráneo para los estudios anatómicos de uno de mis ascendientes, hallábase desde hace algún tiempo en mi casa, y entre diferentes objetos dispersos en un viejo armario topé con él y lo trasladé a mi cuarto de estudio.

Allí, rodeado de libros y papeles, el cráneo es mi compañero y cuando estudio, afanoso con ese anhelo de saber más, parece mirarme con sus cuencas vacías y entre sus mandíbulas desdentadas adivino una sonrisa.

En esas noches inclementes en que la lluvia desgrana su enigmática canción al dar en los cristales y el viento aulla y gime como una fiera horrible; cuando nuestro espíritu se halla inundado de tristeza, en esas noches en que todo tiene algo de misterio, el cráneo parece adquirir vida, flota en el ambiente de mi habitación un perfume raro y siento ruidos extraños y lúgubres...

Una de esas noches sombrías e inquietantes, como de costumbre permanecía en mi gabinete estudiando. Era muy tarde, más de la media noche.

Abandoné el libro de estudio. Rendido y cansado por la excesiva labor del día me hallaba y para distraer mi espíritu aburrido empecé a hojear unos libros de mi mesa.

Leí algun tiempo, pero pronto dejé la lectura

pues Hoffman, Richopin, Poe, Baudelaire, Hoyos con sus dramáticas narraciones de ultratumba-espectaculares y alucinantes excitaron mis nervios atormentados por la neurastenia.

Inconscientemente pensé en la célebre *Historia de un hombre contada por su esqueleto*, y quedé preocupado y triste.

Un olor extraño a humedad, a flores marchitas flotaba en el ambiente y sentía un algo inexplicable

La lámpara iba debilitándose poco a poco hasta que se apagó.

Sentí un escalofrío ante el misterio de las sombras, mi cuerpo se estremeció de terror, y me era imposible ahuyentar los extraños pensamientos que embargaban mi mente.

Abri el balcón para despejar un poco mi cabeza con el fresco de la noche. Entre negros nubarrones asomaba la luna su faz pálida. La lluvia había cesado y la noche tornabase serena.

El reloj de la iglesia próxima rompió el silencio nocturno con tres campanadas que graves, lentas y monótonas resonaron en mi estancia con lúgubres ecos.

Aburrido medio cerré el balcón. Por la rendija penetraba un rayo de luna como la hoja resplandeciente de una espada toledana.

De pronto oí ruido de pasos apagados y tenues, un vago y levisimo rumor y a la incierta claridad del rayo de luna vi aproximarse una sombra, un bulto obscuro.

Horrorizado no pude gritar y un sudor frio bañó mi cuerpo. La sombra extendió un brazo descarnado y flaco y me oprimió una mano. Sentí una extraña sensación de frio y quise retirarla, pero una fuerza inexplicable la retenía fuertemente.

El misterioso visitante se agarró de mi brazo, haciendome un daño cruel y se dispuso a salir del aposento.

Yo, sobrecogido de miedo, no pude ofrecer resistencia y seguí a la fantástica aparición.

Tirando de mi cuerpo que parecía el de un ser sin vida cruzó varios corredores y rápidamente

llegamos a la azotea que cae sobre el jardín de mi casa.

El fresco de la noche acabó de reanimar mis nervios excitados, y empecé a recobrar la noción de la realidad.

La ancha cara de la luna aparecía en un cielo algo obscuro. Las estrellas temblaban como leves parpadeos de infinitos ojos con pupilas de oro. La noche había cambiado por completo, se hallaba serena, despejada y tenía un mágico encanto, un raro sortilégio. Varias estrellas cruzaron fugaces la bóveda azulada. Quebraban el silencio lúgubres aullidos de canes vagabundos, gatos que mayaban desesperadamente como lamentos de almas en pena y siniestros graznidos de las lechuzas que anidaban en las torres de la cercana iglesia...

Contemplé al fantasma o viviente que allí me había conducido. Era alto y arrogante, negras telas lo cubrían y un velo también negro ocultaba sus facciones; solo se percibían sus ojos como dos puntos relucientes con fatídico fulgor y trágicos relampagueos.

Quise hablarle pero mi seca garganta produjo un sonido inarticulado, le interrogué con mis ojos espantados y mi extraño acompañante me hizo aproximar a la barandilla, y me señaló hacia el jardín con su brazo envuelto en la negra hopalanda.

No pude reprimir un gemido de sorpresa, había visto en el jardín, en un banco próximo al cenador, una forma humana.

Miré fijamente y a la vaga claridad de la luna distinguí una mujer tapada con un negro manto. Un velo flotante, blanco, transparente medio cubría su cabeza y su cara, que al fijarse en mí, me dejó petrificado. Era una calavera con azulados destellos en sus vacías cuencas, la cabeza de la misteriosa tapada:

Hizo una leve inclinación, extendió su brazo y me hacía señas para que me aproximara.

Retrocedí asustado y entonces la fatídica sombra o espectro que me acompañaba tiró de mí con brusquedad hacia el pretil, hacia el abismo, con ánimo de salvarlo de un salto y llevarme junto a la misteriosa visión que en el jardín me esperaba.

Con los cabellos erizados y en el paroxismo del terror forcejeé con brutal empuje hasta desahormarme de los brazos del fantasma.

Sali corriendo despavorido, penetré en mi cuarto y cerré la puerta horroquizado.

Era ya muy avanzado el día. El sol se hallaba en lo más alto de su triunfal carrera y por los balcones de mi dormitorio penetraban sus rayos de oro.

Sentía un raro malestar al despertarme tan tarde. Pensaba en el horrible sueño, en la espantosa pesadilla. ¿Sería realidad aquella extraña aventura de la noche anterior? ¿Sería una alucinación de mi neurastenia incurable? Mi espíritu no daba solución a ese misterio.

Me incorporé en el lecho y tendí la vista a la habitación inmediata, sentí frío... ¡no estaba la calavera en su sitio de costumbre, entre libros y papeles!... ¡había desaparecido!

Con ansiedad oprimí el botóncillo de un timbre y a poco entró el criado. Rápidamente le pregunté, —¿quien ha penetrado esta mañana en mi gabinete?— Señor, nadie—me contestó ¿que ocurre?—Pues que mi cráneo de estudio ha desaparecido, ¿donde está?—Preguntaré a Juan, voy a buscarle.

Pasaron unos momentos y mi ansiedad crecía hasta que penetraron mis servidores.

Antes de que les interrogara, Juan me dijo: Vengo del jardín, estaba cogiendo unas flores para la señorita, cuando asombrado vi sobre un banco próximo al cenador vuestro cráneo de estudio, creí que en un olvido allí lo habríais dejado, lo he recogido y aquí lo teneis.

Aterrorizado contemplaba la escena. Bien—le dije—colocado en su sitio. No pude seguir hablando... me torturaba la horrible pesadilla, ¡si! si fué realidad aquella extraña aventura de amor macabra y alucinante..

Mis nervios sacudieronse en una convulsión epiléptica y mi cerebro parecía esfallar.

Aquel mismo día dispuse mi marcha a un sanatorio...

Francisco García de Salvador

(De la Academia de Cultura Literaria)

¡A MI MUSA!

¡Musa de mis canciones! ¡Virgen mía!
la de gratos hechizos virginales,
la que vertió en mi frente sus raudales
de amores, de esperanza y de poesía!

Mi existencia es sin tí noche sombría,
que muertos yá mis bellos ideales,
mueren también mis sueños inmortales,
la luz se apaga que en mi pecho ardía

Vuelve a mí con tus viejas tradiciones,
rosa de mis rosales arrancada,
espíritu de dulces ambiciones

Vuelve otra vez a mí, musa adorada,
y hallé un nuevo tesoro de ilusiones
en tus besos de niña enamorada.

Narciso Díaz de Escovar

DE ARTE

ATENEOS DE MADRID

El Martes 21 dió una notable conferencia en el Ateneo de Madrid el culto profesor de Arte don Angel Vegue Galdoni sobre Gustavo Doré, ilustrador del Quijote.

Con palabra fácil y elocuente hizo una breve interesante reseña de la influencia que poco a poco han ido ejerciendo en Francia los viajes artísticos realizados en el siglo anterior por dibujantes y literatos de dicho país, quienes han ido desvaneciendo el concepto trivial de la España de abanicos y panderetas.

Gustavo Doré es, según el señor Vegue, ante todo y sobre todo un romántico francés, pero, como Gauthier y Merimée, es un francés amante de España y de sus toros y manolas. Presentó en proyección una entrada de picadores en la Plaza de Valencia, hizo resaltar el realismo de los tipos populares y también las analogías que presentaba el conjunto con las Lanzas de Velázquez.

Hace notar que Doré tiene en toda su obra un vivo carácter de romántico que le acompaña en toda su obra, el cual contrasta vivamente con el carácter de fría imitación que han tenido casi todos los ilustradores españoles y quizás haya algo de razón al culparle de que en el paisaje manchego no hay esa exuberante vegetación que él describe, pero que, dado su origen francés, él no puede interpretar de otro modo.

Pone de relieve la diferencia que hay entre la descarnada ironía que encierra un dibujo de Goya que retrate a nuestro hidalgo leyendo en su casa, una fantasía de los Amadises que le sirven de nimbo y la salida de nuestro caballero, de Doré, cuya alba representa la misma fantasía, pero más poética y sentimental.

El sobrio y elegante dibujo de la muerte de don Quijote tiene un mérito tal, que grandes pintores no hubiesen desdeñado firmarlo como cuadro, y aquí también el señor Vegue nos hace ver las analogías que guarda dicho dibujo con algunos de nuestros románticos, Rosales entre ellos, tal vez en la muerte de la Católica Reina.

Continúa defendiendo a Doré de la nota de exuberancia de imaginación con que ha interpretado el alma castellana y afirma que siempre en el dibujo ha de haber algo personal y privativo del artista, sin seguir friamente la pauta del escritor, pues un libro ilustrado, si admitimos la necesidad de la ilustración, ha de ser como un libro acoplado a otro libro. Además, añade, dibujante no tenemos nosotros creador del arquetipo

del Quijote y sólo el Greco hubiera podido dibujar al hidalgo manchego con todo su ideal romanticismo, como Goya hubiese trazado la figura realista del pacienzudo escudero, y la obra total de conjunto acaso Velázquez que representa el tipo equilibrado en la pintura nuestra.

Al terminar fué calurosamente aplaudido por el numeroso y selecto auditorio que llenaba el amplio y elegante Salón.

Reciba nuestra enhorabuena el simpático y culto profesor por la obra verdaderamente educadora que realiza, ya enseñando en la cátedra y explicando en el Museo del Prado, ya dando interesantes conferencias como la que hemos tenido el gusto de oírle.

Guillermo Tellez

Madrid-Marzo 1916.

QUISIERA SER

Quisiera ser un poderoso rey
que impusiera sus leyes, iracundo;
por hacer estallar en todo el mundo
de un solo golpe la moderna ley.

Quisiera ser un algo misterioso
por romper de la vida los arcanos.
Abatir con mi soplo a los humanos
como un ciclón enorme y poderoso.

Aguila ser, volar a lo infinito,
anidar con el rayo en lo ignorado;
ser en la tierra temido y admirado
y atronar el espacio con mi grito.

Quisiera ser eterno, ser eterno
por triunfar del Dolor y de la Muerte;
por truncar los designios de la suerte,
y crear otra Gloria y otro Infierno.

Quisiera hacer los hombres a mi modo;
formar otro Universo con mi mano,
llamarme en él Ungido Soberano
y a mis designios sugetarlo todo.

Crear en él los odios y la guerra,
las insidias, infamias y rencores,
por regarlo con sangre y con dolores
y poblar de cadáveres la tierra.

Llamarme Dios en el devocionario;
empujar con mi nombre a que se maten
y hacerles a los mismos que se batan
que me erijan, de paz, un santuario.

F. López Almécija.

(De la Academia de Cultura Literaria)

INVITACIÓN

La hacemos a todos los amantes de las bellas letras, para que colaboren en nuestras páginas, siempre que sus trabajos merezcan los honores de la publicación.

Página del alma

De Luis Montbart a Délia Rosales

Querida amiga: Muy pronto, acaso antes de cuatro días, volveremos á vernos.

Me hastía el bullicio de la gran urbe, haciendo que me canse de la vida. Siempre los mismos hombres y las mismas cosas, pasando en procesión constante frente a mí.

El campo sin aliciente es monótono; verdad. Pero ¿quien será capaz de adivinar qué es lo que más cansa, si la vida tranquila ó el febril ajeteo? El Estío pasado me aburrí muchas veces, es cierto. Acaso fuera porque yo mismo ignoraba que poseía un bien. Siempre ocurren las cosas así, Délia. Es preciso separarse de una persona para saber ciertamente el afecto que se le tiene.

Pero, es claro; yo tenía un año menos y miraba la vida mas de prisa. ¿Dirás que un año a mi edad es poco tiempo para cambiar de opinión? Créeme. No es poco. ¡Tantas cosas he aprendido yo en un año!

Sé que a ti tampoco te gustaba *el año pasado* el campo. ¿Te ocurrirá este, en tu vida pueblerina, algo parecido a lo que me ocurre a mí en la ciudad? ¿Sentirás, como yo, la nostalgia de algo perdido que te impulse a buscar el consuelo en la soledad?

¡Oh! Si así fuera, si que sería felicidad la nuestra. Pocas veces se encuentran en la vida seres que, heridos de una misma causa, hallen idéntico gozo en las mismas aficiones. Sería algo así como encontrar una afinidad completa en dos corazones, que desde lejos han acariciado la idea de una posible unión... acaso de una posible felicidad.

Sí, Délia. Tengo un deseo inmenso de estar ahí, en ese rincón campesino, donde, creyendo pasarlos aburridos, tantos buenos ratos pasé.

A la primera impresión, la ciudad deslumbra. Ocurre con esto lo mismo que con el teatro. Vamos á ver una función; el telón se alza y la actriz, lujosamente vestida, cargada de alhajas, rebotante de hermosura, se presenta ante nosotros *haciendo su papel*.

Esto es lo que por regla general hacemos en la vida: *papeles*. Pero dejemos inútiles digresiones, que sólo sirven para amargarnos más la dolorida existencia, y sigamos el curso natural del pensamiento.

Vemos el boato de la escena. Llegan al alma en ocasiones los pasajes de la obra que se representa. Cae el telón, vuelve a alzarse entre los ensordecedores aplausos *del público*, y la actriz re-

cibe a sus pies una lluvia de flores. Sentimos deseos de vivir la gloria; esa gloria que parece grande y magestuosa. Y despues..., observa, Délia, observa.

En el sitio donde todo pasó, como pasan las cosas de la vida, solo quedan un puñado de flores olvidadas... que se marchitarán de tristeza y abandono. Unos cuantos empleados que apagan las luces, hacen desaparecer la visión que aún quedaba en nosotros, y a martillazos quitan las decoraciones, dejándonos ver únicamente una habitación destartalada y fea, que nos dá la sensación de un cementerio de ilusiones.

Así es el mundo. Este mundo de capital que tu has visto de lejos, y que alguna vez me dijiste querías ver de cerca. No lo veas, Délia, no lo quieras ver.

La maldad y la farsa romperían a martillazos tus floridos ensueños, como los empleados del teatro a las decoraciones.

Es muy corriente en las capitales esto de sufrir decepciones amargas. Mientras te crees feliz; no miras que el ambiente corrompido de la muchedumbre emponzoña tu pecho con su cruel veneno. Y despues de tirar tu salud casi, persiguiendo una ilusión, muchas veces engañosa, encuentras el pago con un desengaño.

Ya ves si he aprendido. *Estas cosas*, ó como tú las quieras llamar, no las veía yo antes más que por fuera. Ahora *he profundizado* un poco, y no quiero la capital; la aborrezco.

¿No recuerdas los muchos ratos que lejos del «mundanal ruido»; leíamos á Blasco Ibañez, en el campo hermoso? Volveremos a reconstituirlos olvidándonos de todo. Amores muertos, ilusiones perdidas; teniéndonos solamente en cuenta nosotros.

Hasta la vista, Délia.

Luis

Manuel Rico.

(De la Academia de Cultura Literaria)

EL IDEAL

Para Mil. M. Montfort.

El pequeño estudiante, el muchachito que marchaba lleno de ilusión lejos de su patria y al otro lado del mar, con la hermosa ambición de aprender era romántico, era un soñador. Muy joven aún, no tenía amores y al salir de su tierra no dejaba nada tras sí como no fuera el cariño de su madre... Un mundo nuevo se ofrecía a sus ojos en aquella población africana de ecantador cosmopolitismo; era libre, no sentía ya en su alma la tortura del pasado, un pasado de angustias

del cual le separaba ahora el mar que a él le parecía distancia inmensa. Y entonces, al verse sin la opresión de antiguas desgracias, renacía su espíritu fogoso y ardiente, volaba su imaginación creadora y fecunda; buscaba su ideal.

Y le encontró; ella era también casi una niña, una jovencita que con su hermosa cabeza orlada de cabellos de oro y su gracioso lenguaje de dulce acento extranjero, encendió una pasión en el alma del estudiante. La imagen que éste forjara en sus sueños era ya realidad. La conoció por un compañero de estudios, los primeros días de trato superficial duraron poco y muy pronto llegó su amistad a un período de ingenua intimidad y mutuas confidencias hechas a solas en la semiobscuridad deliciosa de un patio... El amor empezó su juego apoderándose de sus almas y estrechándolos en espirituales lazos. En sus entrevistas, él daba salida a las creaciones de su imaginación viva y ardiente y allí, junto a la encantadora rubia que sonreía escuchándole, relataba sus sueños, confesaba su amor a la jovencita de una manera apasionada y hacía fantásticos proyectos para el porvenir. ¡Ah el porvenir! Cuantas veces lloró de rabia pensando que vendrían los años, que pasaría el tiempo y la niña se haría mujer quizá antes que él llegara a hombre. Sentía al imaginar esto unos deseos desesperados de estudiar y trabajaba, trabajaba día y noche con los libros delante y la imagen de ella siempre a su lado. Todas las noches la veía; junto a ella aspirando el perfume encantador que exhalaba su cuerpo contemplándose en las pupilas de sus magníficos ojos, su corazón se inundaba de optimismo y se llenaba de esperanza. Y traducía sus sentimientos en un lenguaje cálido, prometedor de venturas... Volvería a su patria y allí seguiría estudiando y sería capitán y tendría una casita muy bien puesta con jardín y todo y ella no le olvidaría, le esperaría hasta que volviera...

¿Verdad, me querrás siempre? preguntaba él esperando la respuesta con expresión ansiosa. Ella expresaba con sus ojos un poema de ternura mas luego una sonrisa de desaliento plegaba sus labios. ¡Y sin embargo le amaba; una fuerza misteriosa la empujaba hacia el muchacho extranjero. No dejaba nunca de acudir al patio cuando él entonaba su canción favorita, la señal convenida. Se amaban mucho: lo decían sus ojos, la emoción de sus rostros al pasear juntos en las tardes libres, el temblor de sus labios al hablarse, mientras un instrumento de música desgranaba, en la noche serena, las notas de una sonata morisca. Pero el ideal... el ideal... ¡era tan difícil!

El ideal que el pequeño estudiante prometiera a su amada durante una noche tibia de primavera, en la dulce penumbra de un patio, no se ha realizado todavía. Pasaron los estudios; llegó la hora tan temida en que había de volver a su patria y un día el soñador, con el corazón traspasado por la pena, tornó a cruzar el mar, yendo con la cara vuelta a la tierra bendita en que quedaba su amor, a aquella tierra que cada vez estaba mas lejana, perdida entre las brumas...

Desde entonces blancas palomas mensajeras han cruzado la distancia que los separa llevando algún consuelo a sus almas tristes. El ya es hombre y todavía persigue su ideal algo más cercano...

Aún podeis verle: que al caer de la tarde baja a la playa y allí, con la mirada perdida en la lejanía, escucha el rumor de las olas que le traen suspiros del otro lado del mar.

Andrés López Prior

LAS HIJAS DEL AIRE

A mi hermano Ignacio

Con vela latina mi barca lijera
por el mar resbala tranquila y suave.

Blancas gaviotas,
cruzando los aires,
circundan mi barca
orgullosa y grave.
Camino a lo ignoto,
donde anida el aire,
en donde el misterio de color de rosa
me tiende los brazos, me llama, me atrae.

¡Claros horizontes
donde la luz arde!
Todo me sonríe
al cruzar los mares;
no temo a los vientos
de las tempestades.

Batiendo sus alas se acerca una nube;
fué soplo lijero que agitó el velamen.

Yá pasó la racha
que rizó los mares.
Yá se ven las costas
que busca mi nave,
yá falta muy poco,
ya muere la tarde.

Con vela latina mi barca lijera
por el mar resbala tranquila y suave.
Llegó la tormenta, la horrible tormenta,
con fragor de trueno, con voz de gigante.

Las buscadas islas
se fueron distantes;
girones de niebla
que barrió el embate.
¡Oh mi barca blanca
de roto velamen!

Se fué con el viento la tierra que buscas;
se fué con el viento tu blanco bagaje.
¡Oh, bello misterio de color de rosa!
¡Oh ilusiones dulces qué buscó mi nave!
¡Volad con el viento,
sois hijas del aire!

Fray Belón